

CELEBRACIÓN CENTENARIA

La primera vez que pisé suelo Piendamoneño-Tuniano (para no herir susceptibilidades) fue un lejano, limpio y caluroso mes veraniego de 1979, en compañía de Cinthia, una amiga norteamericana, quien gratamente asombrada por el bucólico paisaje contrastado por la inutilizada presencia de oxidados rieles del tren y su infraestructura complementaria, propuso pernoctar aquella noche en una posada localizada al lado de lo que hoy es Agroinsumos; pues nuestro destino era Silvia.

En contexto, la mayoría de los pueblos colombianos se caracterizan por haber desarrollado su estructura y amoblamiento urbano alrededor de una plaza o parque, generalmente denominada Bolívar, con estatua ecuestre incluida. En el perímetro de cada plaza es casi infalible la presencia de un banco privado o público, la iglesia, la alcaldía, una cafetería y el pintoresco quiosco. Al interior, áreas verdes y exuberantes árboles nativos florecen alternativamente.

En rigor, los pueblos colombianos crecen y se explaya a lo largo de un serpenteante río o quebrada, creando calles con nombres autóctonos o religiosos, producto de la oralidad o chispa coloquial; siempre conducentes con alguna planificación provinciana a lugares icónicos como una chorrera, un pozo para baño, una piedra con jeroglíficos, un potrero plano apropiado para la práctica de deportes; en último caso, al cementerio.

No fue ese el caso de Piendamó, pues la histórica cabecera municipal con algunas de las características descritas fue Tunía, ratificada como municipio en 1914, pero ralentizada de su trono como ente territorial en 1924, cuando se inició la construcción del paso del ferrocarril por un puente y túnel cercanos, trayendo consigo una gran cantidad de comerciantes e inmigrantes

colonizadores de diversas partes del país, más algunos técnicos extranjeros, todos en la búsqueda de mejores oportunidades de vida. Esa diáspora, de una manera desordenada e improvisada instaló carpas y precarias viviendas mientras se desarrollaba aquel acontecimiento para la movilidad y transporte de carga del suroccidente colombiano.

Eso explica el caótico desarrollo de esa nueva cabecera municipal, sin plaza principal o parque, con calles asimétricas y espacios institucionales desparramados en diversos lugares de aquel macondiano lugar; eso sí, bajo el marco de una privilegiada vista panorámica de una tierra fértil y ondulada, surcada por muchos cursos superficiales de agua.

Trece años después de aquel episodio, o sea en 1992, luego de residir por muchos años entre Bogotá, Caracas y Buenos Aires, ese mágico e impredecible imán del destino ocasionó mi retorno a este fascinante lugar, nada menos que a Quebrada Grande, el espacio geográfico intermedio entre Piendamó y Tunía.

Son treinta y dos años siendo testigo del aún desordenado crecimiento urbanístico; del desarrollo y vanguardia en la producción de café tecnificado y sostenible; de la existencia de una ganadería de subsistencia en carne y derivados lácteos; de ser un puerto seco receptor e intermediario del comercio y manufacturas propias y de sus pueblos vecinos; de ser un municipio oferente de servicios en educación y salud a pobladores del centro-norte caucano; también destinatario de nuevos colonizadores nacionales y extranjeros, algunos de ellos establecidos en lo ajeno.

Me cuesta escribirlo, pero también es el epicentro nutrido con una inocultable economía anclada débilmente en dineros non santos, arropado en una especie de burbuja financiera procedente de pueblos vecinos transitoriamente prósperos por sus cultivos

ilícitos, que lentamente apagan la producción agropecuaria local. Y casi que lo logran.

En fin, siento que he sido privilegiado durante mi permanencia en este pequeño paraíso, indignamente desdeñado y saqueado por la codicia de pocos cerebros ruines, mercaderes de la politiquería.

En compensación, hace unos días asistí a la socialización del mejor y ambicioso proyecto para este territorio: El estudio y diseño del Plan Maestro de Acueducto y Alcantarillado para Piendamó y Tunía. Y el gobierno anuncia la apropiación de ingentes recursos para la ejecución de este tipo de proyectos para acueductos y saneamiento básico. Esperamos que así sea.

Para finalizar, me considero un piendamoneño-tuniano por adopción; soy campesino, caficultor y profesional del agro que celebra mediante este anticipado y honesto escrito, un centenario de lucha, pujanza y esperanza para este acogedor rincón caucano.

RAMIRO JESÚS GARCÍA.
Ingeniero Agrónomo, U. de Nariño.
Postgrado en Mercado y Economía Agrícola.
Columnista en diferentes Medios.
Dirigente Gremial Cafetero.
Ex Director de CORPOTUNÍA.